

manifestaciones todas de una actividad más considerable que la que el estado actual de la vida terrestre nos ofrece.

Me detuve en Marte el tiempo indispensable para formarme una idea general de la vida que anima á este planeta, y pocos instantes después me encontré transportado al mundo anular de Saturno.

III

Á MIL DOSCIENTOS MILLONES DE KILÓMETROS.

La concepción del tiempo y la apreciación de las duraciones son esencialmente relativas al estado de nuestro espíritu. Si durante siete ú ocho horas dormimos profundamente, ese espacio de tiempo ó duración ha intercalado en nuestra vida una laguna, la impresión de la cual deja en el pensamiento una huella análoga á la que nos dejaría la de un sueño de diez minutos. Los mineros que á consecuencia de desprendimientos en las minas han permanecido sepultados cinco ó seis días antes de que se lograra su salvación, se han figurado que su permanencia en las profundidades de la tierra no excedía de una veintena de horas. Pueden vivirse muchas horas y vivirlas muy lentamente durante un sueño que no dura más que algunos segundos. Un día, al atravesar un bosque, mi caballo asustado me derribó en un barranco; y aun cuando la caída no duró de fijo más de tres segundos, durante ese corto tiempo reviví por lo menos diez años de mi vida en todos sus sucesivos detalles y sin precipitación alguna de acontecimientos. ¿Quién es el que en determinadas horas de espera no ha observado que los minutos *son* muy largos?... Y como estos podríamos citar infinidad de ejemplos.

Estando la órbita anual de la Tierra en torno del Sol

á la distancia de 149 millones de kilómetros y la de Saturno á la de 1421, media entre ambas órbitas una distancia de 1272 millones de kilómetros, espacio que la luz franquea en 70 minutos. Identificándome con esta distancia y con la velocidad de la transmisión de la luz, ví distintamente pasar por mi imaginación los 4240 segundos necesarios para recorrer ese camino á razón de 300000 kilómetros por segundo: y sin embargo, estoy seguro de no haber empleado en realidad todo ese tiempo para trasladarme hasta Saturno, ni aun el tiempo menor correspondiente á la distancia desde Marte al planeta anular, porque cuando me olvidé de Marte para consagrar á Saturno mi atención, acababa de sonar en el antiguo reloj la primera campanada de las diez, y no se habían extinguido aún las vibraciones de la última, cuando ya me encontraba en ese otro mundo.

Detúveme en el octavo satélite desde el que puede apreciarse con facilidad la magnitud del sistema de Saturno. Este enorme planeta cuyo diámetro es nueve veces y media mayor que el de nuestro globo, cuya superficie iguala á la de ochenta Tierras reunidas y cuyo volumen es como 675 veces el de nuestra isla flotante, se halla rodeado de anillos gigantesco cuyo diámetro total es de 284000 kilómetros: rodeado de este anillo múltiple, señoréase en medio de un cortejo de ocho mundos que circulan en torno de él en un sistema cuyo radio es de 3964000 kilómetros; sistema que, por sí solo, constituye un universo más vasto que el de los antiguos. Ningún poeta, ningún pensador, ningún filósofo ni hombre alguno sobre la Tierra había podido siquiera imaginar, antes de la era de la verdad inaugu-

rada por las conquistas de la moderna astronomía, la magnitud real de las proporciones según las cuales se halla construído el universo.

¡Cuán pequeña parece la Tierra vista desde el sistema de Saturno! Apenas si es posible verla brillar de tiempo en tiempo, como diminuto punto luminoso, y por espacio de algunos instantes después de la puesta del sol ó pocos momentos antes del nacimiento del día: produce sin duda alguna mucho menos efecto que cualquiera de los satélites del planeta, aun los más pequeños... Por cierto que uno de éstos, Titán, es superior en volumen á los planetas Marte y Mercurio, y su diámetro iguala más de la mitad del de la Tierra. Vistos de cerca, desde la octava luna á la que me encontré transportado, ofrecen el aspecto de lunas enormes circulando por el cielo con velocidades variadas y afectando fases diferentes según el ángulo que forman con el Sol, lo cual da origen á los más pintorescos y fantásticos efectos. Saturno está iluminado durante la noche por la luz de los anillos á la que se añade la de lunas diversas, pues casi siempre hay varias de éstas á la vez sobre el horizonte.

Contemplando este curioso sistema de cerca de ocho millones de kilómetros de diámetro; admirando esa sorprendente reunión de nueve mundos, de los que varios están en la actualidad habitados, pensaba yo en la que es creencia general en la Tierra, la de que nuestro mundo representa la creación completa.

El hombre ha creído hasta el presente alcanzar á comprender el origen y el fin de todas las cosas, sin más conocimientos para ello que el del mundo en que vive, sin mirar siquiera en torno suyo para percatarse

de que no está solo en la creación. Tal un gorrión que pretendiese narrar la historia de París por los acontecimientos realizados en torno de su nido durante una estación; tal un doctor que arrancando del centro de un enorme volumen una hoja, asegurase serle posible determinar el plan completo de la obra con el simple examen de fragmento tan exiguo.

Después de realizar inauditos esfuerzos para descubrir la Tierra desde tal distancia, y conseguido mi propósito de verla perdida como minúsculo punto entre los rayos del Sol, comprendí mejor que nunca por qué ninguna concepción filosófica ó religiosa, ninguna ni entre las más avanzadas ni las más puras, ha podido dar aún á los habitantes de ese glóbulo la solución del problema de nuestros destinos, y por qué nos vemos forzados á demandar esa solución á la Astronomía, única ciencia que nos enseña el puesto que la Tierra ocupa en el conjunto, y que desarrolla ante nuestra mirada atónita los horizontes del infinito, las perspectivas de la eternidad.

Pero también pensaba que, aun siendo como es considerable y maravilloso el mundo de Saturno, no se halla bastante alejado de la Tierra para arrancarnos con su contemplación todo sentimiento de patriotismo local, y que, sin salir de las fronteras del mundo solar, nos es posible encontrar otras estaciones celestes aún más independientes de nuestra vecindad del Sol. Distinguí en esto al planeta Neptuno que gravita á una distancia de más de 4400 kilómetros del Sol y gira alrededor de una órbita inmensa que tarda más de 164 años en recorrer, y hasta el mismo me sentí rápidamente transportado.

IV

Á CUATRO MIL MILLONES DE KILÓMETROS DE LA TIERRA.

En las profundidades del espacio, á una distancia del Sol que excede en treinta veces la que nos separa del astro central y bajo una irradiación de calor y de luz solares 900 veces más débil que la irradiación en medio de la cual boga nuestro planeta, encontramos flotando el mundo neptuniano en condiciones de vida por completo diferentes de las que rigen al planeta llamado Tierra. Los naturalistas miopes que aun no hace mucho tiempo afirmaban con énfasis pontifical que los abismos oceánicos condenados están á debilidad perpetua porque las condiciones de luz y de presión en ellos existentes son en absoluto distintas de las que rigen en la superficie, han recibido de la misma naturaleza el más brutal de los mentís que puedan ser infligidos á la pedantesca ciencia de los aspirantes á la infalibilidad. Ese mentís, tan formal, tan rudo, tan absoluto, no les ha sin embargo corregido á todos, porque aún hay algunos que declaran que la vida es imposible en mundos que no sean idénticos al que habitamos. Nada; el razonamiento mismo del pez que declara sinceramente que no hay medio